DOS PALABRAS.

Esta colección de versos constituye, por hoy, mi único libro AUTÉNTICO; y ninguna de las poesías que lo integran ha sido publicada antes de ahora.

Una tipografía *yankee* juntó en un volumen, y luego puso en venta, ciertos cantos de mi cosecha, recogidos de los periódicos; pero lo hizo sin mi consentimiento, sin consultarme siquiera, ni enviarme un céntimo. Perpetró una usurpación, un despojo; se apoderó alevemente de lo ajeno y lo expendió como cosa suya. ¡Buen provecho!

Más que el desvergonzado latrocinio, dolióme que la extranjera empresa, provista y asesorada por no sé qué «paisano mío,» recargara, con pecados que no cometí jamás, mi asendereado nombre literario, que ya andaba con pesado fardo. Mis infortunadas composiciones yacen en el haz fraudulento, no sólo plagadas de horribles yerros de imprenta, sino alteradas intencionalmente, y como por malicia de inquina, pues advierto allí grotescos cambios de títulos, al par que nocivas supresiones y añadiduras.

Oportunamente protesté contra todo ello, por medio de una carta, inserta en «El Monitor Republicano,» que era entonces el diario de mayor circulación.

A la sazón tuve que limitarme á eso: hallábame procesado, es-

taba preso, y era víctima de insanos y tremendos ataques, como había sido —y después fuí— objeto de fervientes é injustificados agasajos.—Las lavas y los deshielos bajan alternativamente de la propia montaña á labrar el mismo valle.

Pero el pillaje que sufrí me aleccionó; y en lo sucesivo abstúveme de pedir á las hojas volantes hospitalidad para mis rimas. Y perseveraré.

Las prendas robadas carecen de mérito; pero tal circunstancia no atenúa el delito. Ellas son fruto de mi adolescencia fogosa é inexperta que, siempre tratando de modelar deidades, confeccionó frecuentemente . . . . . bausanes.

Aunque semejantes ensayos no hubieran sido reunidos y explotados en un tomo espurio, no los mezclaría con mis nuevas trovas, porque hasta los menos defectuosos son esencialmente incompatibles con mi actual criterio artístico, que creo definitivo, y que domina en mis obras desde 1,892.

Las piezas que van á continuación no son sino pequeña parte de mis trabajos, á contar de la citada fecha. Rápidamente las he entresacado, para formar un ramilletillo, y llevar con él á un flamante y magnífico templo la ofrenda de mi musa. He dedicado al enriquecimiento de la biblioteca del «Colegio de Estudios Preparatorios», radicado aquí, en Xalapa, el producto pecuniario de mi manojito de flores raras. ¡Dulcísimo para mí el pensamiento de que la juventud de las aulas me deberá modesto don, en la noble ciudad donde logré paz y amor, cuando —náufrago social— me empinaba en mi esperanza, como en aislada y batida roca, y no descubría sino olas embravecidas y riberas enemigas!

No incluyo en «Lascas» himnos épicos. Los aparto del presente montón, ya que abundante y notoriamente he cultivado el género heroico, y no así los demás.

El hijo de mi espíritu es intensamente peculiar y sincero, y se muestra confiado y sin miedo. No teme los dragones de la envidia, porque no es Hércules; y, si lo fuera, los monstruos pretenderían en vano ahogarlo en su cuna.

Fiera preocupación de carácter ético, la cual guarda en el fondo del seno una verdad pura y austera, y luce en la punta de la lanza un error insolente y salvaje, vendrá quizá sobre el «infante»; y no sería difícil que, en lo inmediato, me encontrara en el caso de Orlando, empeñado en valorar una bestia muerta. Pero el tiempo corre, blandiendo una antorcha, como un arma vengadora é irresistible.

A fuerza de padecer calumnias, he resultado inmune á las detracciones, como Mitrídates á los venenos, por costumbre de tomarlos. Tranquilamente esperaré, dando los últimos toques á otras páginas, que no tardarán en salir también á probar fortuna. Termino el breve preámbulo, mirando el Sol caer por detrás de una especie de símbolo: el Nauhcampatépetl que, como un macizo y presuntuoso impulso, levanta sobre su cima, que toca el cielo, una gran piedra desasida y tosca.

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.